

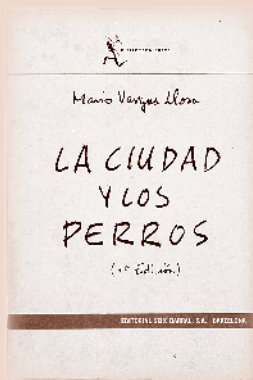
## VARGAS, EN EL EPICENTRO DEL “BOOM”

SANTOS SANZ VILLANUEVA. Universidad Complutense.



Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar y Gabriel García Márquez.

Cuando Mario Vargas Llosa obtuvo en 1963 el premio “Biblioteca Breve” de la editorial más prestigiosa del momento, Seix Barral, era un joven peruano casi desconocido. Solo había publicado un libro de relatos en 1959, *Los jefes*, que mereció un galardón prestigioso pero minoritario, el Leopoldo Alas. En aquella fecha empezó una carrera literaria de reconocimientos y éxitos continuados. José María Valverde, miembro del jurado barcelonés, fue el primero en sentenciar de forma rotunda el original premiado, *La ciudad y los perros*: “Es la mejor novela de lengua española desde *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, publicada en 1926”. El Premio de la crítica avaló el mérito de la obra. Un juicio tan entusiasta como el de Valverde no fue el único que se pronunció acerca del Vargas de los años sesenta del pasado siglo. El iconoclasta Terenci Moix aún iba más lejos respecto de *Conversación en la Catedral*. Había que reconocerla, escribió el también jovencísimo Moix, “como la novela más importante que en lengua española (sudamericana o de aquí) se haya publicado en los últimos cincuenta años”.



Tales elogios entraron en liza con los que recibieron otros títulos de los mosqueteros (cuatro, como en la obra de Dumas) del llamado boom en la primera etapa de aquella nueva invasión de “bárbaros” hispanoamericanos: Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes y Julio Cortázar, además del peruano. Se estableció, así, una dura competición entre modos de escribir de unos narradores que revolucionaron la novela en castellano. El gran competidor de Vargas,

hablando en términos de popularidad, fue el García Márquez de *Cien años de soledad*. Ninguna de las novelas del peruano ha logrado el impacto y la difusión universal del famosísimo libro del colombiano, aunque esta obra recibió muy calurosos aplausos del elitista Juan Benet. Pero también es verdad que los escritores posteriores al boom, los que se han llamado del “boomerang” y otros más recientes, no han renegado de Vargas en la medida

en que lo han hecho respecto del “realismo mágico” de García Márquez, y con voluntad de matar al padre. La personal incorporación de los elementos fantásticos a una realidad inmediata en la obra de Vargas ha evitado que las generaciones posteriores se distanciaran de una literatura que, al entender de los jóvenes

### VARGAS, EN EL EPICENTRO DEL “BOOM”

de los años noventa, da una visión sesgada, tópica y caricatural de la América hispana.

*La competencia entre el núcleo duro del boom* fue muy fuerte, y la de Vargas con Fuentes y Cortázar se guió en otros criterios. Y con oscilaciones. Juan García Hortelano lo explicó con un divertido símil bursátil: “las acciones de Mario para mí son las más caras que hay, quiero decir que han subido mucho”, mientras que las de Fuentes “han ido bajando”. En el terreno de las comparaciones, Juan Marsé valoraba a Vargas como el “más interesante” de los hispanoamericanos. Cortázar fue algo diferente. El argentino acuñó la imagen que repetía un sector de la juventud a finales del franquismo. Aquella promoción intelectualizada y pedantesca se preguntaba con desasosiego si “encontraría a la Maga”, la chica misteriosa de *Rayuela*. Cortázar, el “maestro absoluto” según lo califica José María Guelbenzu, uno de los pujantes nuevos narradores de la época, en *El mercurio*, no pasó las fronteras del gran público. También Fuentes se fue viendo recluso en el territorio estrecho de una literatura especulativa, que había ido perdiendo fuerza comunicativa y sinceridad desde la fundamental *La muerte de Artemio Cruz*.

El siempre razonable y razonador Miguel Delibes daba una clave básica de estas distintas valoraciones. Al vallisoletano, Cortázar le produce escaso entusiasmo y, en cuanto a Fuentes, le “interesa menos, lo veo más retórico”. Para colocarlo en su apreciación al frente del boom ofrecía Delibes un argumento de mucho peso: Vargas “ha renovado el lenguaje y la técnica y además nos dice cosas. Vargas ha remozado los elementos de la novela pero no los ha destruido”.

En la explicación de Delibes se encuentra la clave de que la seducción producida por la obra de Vargas en sus comienzos haya permanecido inalterable hasta el momento. Tras la escritura sencilla de *Los jefes*, el peruano tiene

mucho de escritor complejo, casi experimental, y, desde luego innovador, en casi todas sus obras. Esta vertiente la compagina con algunas de sus grandes fidelidades, al relato cinematográfico y solidariamente a la novela de caballerías y a Gustave Flaubert. Su lenguaje bebe en la tradición culta, pero su fraseo envolvente tiene una gran frescura coloquial. Y, además, el “nos dice cosas” de Delibes podemos traducirlo como que cuenta historias siempre interesantes cargadas de sentido. Vargas es un narrador nato, un creador de mundos, un competidor de Dios en la fundación de otra

realidad, un relator de peripecias colectivas e individuales. Compite con García Márquez en esta condición de inventor de fábulas, pero tiene un interés especial en fundir lo imaginativo y lo real. Esta capacidad de alcanzar una novela total es lo que, sin desmerecer a ninguno otro de “aquellos escritores que admiran al mundo”, según los calificó una revista de entonces, a la postre le sitúa en cabecera de la generación del boom. ■

[cl: vargas llosa 5 nobel]

Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti, Emir Rodríguez Monegal y Pablo Neruda.

